

EL ESPÍRITU DE LOS ABROJOS JÓVENES

KAPAKUALA UNGA

Daniel Erosa



Ya ninguno de los integrantes del grupo recuerda en qué idioma es que Kapakuala unga significa “los abrojos jóvenes”. Quizás ni siquiera exista tal idioma, lo que sí es seguro que existe es este núcleo de jóvenes de diversos barrios de Montevideo que en 2017 se anotaron en un curso de capacitación en el Centro Cívico de Tres Ombúes, y que aún late en proyectos comunes, en historias compartidas y en un vínculo fortalecido por la confianza y el respeto hacia el otro. Todos coinciden en que Kapakuala más que un nombre, es una forma de ser: “La actitud Kapakuala es pensar positivo. No hay excusas para rendirse. El reto se tiene que cumplir”, resume Camila, una de las participantes más tenaces y convencidas de la fuerza del equipo, en una mañana fría de junio, cuando junto a Fiorrella, Yoselén, Shakira y Ezequiel, jugaron el juego de hacer memoria.

Pero empecemos por el principio. La idea era buena, entre El Abrojo e Inefop armaron un curso de recreación y promoción cultural para ofrecerles una oportunidad de reinserción a gurises caídos del mapa educativo. Fueron liceo por liceo de una zona amplia del oeste capitalino a promocionar esta posibilidad de capacitación. Era un espacio de formación gratuito, había un fondo para pagar boletos y algo para alimentación. Comenzaron a funcionar con 20 participantes y algunos meses después, 17 obtuvieron el diploma.

La sede del taller se fijó en el Centro Cívico de Tres Ombúes, en un edificio amplio —donde funcionan distintas dependencias estatales y municipales— rodeado por una enorme plaza con juegos infantiles, varios ombúes, dos canchas públicas polifuncionales, una de césped sintético y una de hormi-

gón. Pero no todos los integrantes del curso eran locatarios. Es más, la idea era mezclar gurises de distintos barrios, que estudiaran o no estudiando. Por eso vinieron de Maracaná, Nuevo Amanecer, Santa Catalina, Casabó, Paso de la Arena, Prado, Cerrito de la Victoria, La Teja, Nuevo París, entre otros.

Si bien tuvieron de inmediato la acogida del Centro Cívico, que les dio un local donde funcionar, la relación con el barrio, entre prejuicios y desconfianza, comenzó siendo tensa. El grupo de foráneos tenía a su favor que la plaza era un territorio liberado de conflictos. Un lugar muy respetado para la convivencia barrial. Pero el telón de fondo, además de la geografía típica de la pobreza, estaba salpicado por redes de narcos, violencia intrafamiliar, amenazas de muerte, noticias de sicariato, policías corruptos y varios programas sociales en crisis. De hecho los tres participantes que tuvieron que abandonar el curso fue debido a hechos vinculados con estos temas.

Pero esa problemática no se traspasó al grupo de inmediato. Todos sabían de un entorno complejo. Pero durante el curso no supieron mucho detalle, porque además de peligrosas, eran situaciones bastante confidenciales. Los chiquilines se enteraron después de la gravedad de la situación.

Más allá de esos episodios puntuales y muy complejos, el ensamble entre el barrio y esos jóvenes visitantes que traían mucha energía sin estrenar y algo de inocencia, se fue logrando poco a poco. Algunos se despertaban a la realidad de que a un compañero de grupo le doliera la cabeza porque tenía hambre.

Dice Camila que “algunos teníamos prejuicios, pero en este barrio encontramos gente como nosotros. No es que te ibas al Centro. No teníamos que cambiar la forma de hablar ni actuar o fingir en las apariencias. Era venir a un lugar donde aunque fueras de otro barrio, te sentías en tu zona. Estába-

mos cómodos. Y el barrio también se acostumbró a nosotros. Que fuera zona roja no nos preocupaba porque casi todos veníamos de zonas parecidas. Al principio los gurises que venían a la plaza se metían mucho con las participantes del curso. Nosotros hacíamos muralla, como diciendo no las miren porque son nuestras. Eso nos impactó pero no nos hizo retroceder. También al principio el resto de la gente nos miraba con recelo, pero después nos fueron conociendo y aceptando. Se dieron cuenta de que la idea no era venir a conquistar un territorio, sino a aportar y a aprender”.

Para Ezequiel, que los talleristas los protegieran y los mantuvieran lo más aislados posible de las distintas situaciones complicadas que se estaban dando en el barrio, fue fundamental para que el curso no se disolviera. “Nos enteramos después de que terminó. Anduvieron a los tiros en la plaza, a una compañera el novio la amenazó de muerte, a otro lo quisieron matar y se tuvo que mudar. Otro compañero estaba metido en otros mambos... Nos enteramos cuando ya estábamos bastante consolidados y Dani nos contó algo. Por suerte se pudo resolver de forma excelente y nos hicieron sentir re contenidos. Se dieron cosas muy jodidas y otras no tan jodidas, pero complicadas para nosotros que éramos chicos”, explica.

Por ejemplo: uno de los participantes del grupo empezó el curso como Lucía y lo terminó siendo Diego; hizo una transformación de género durante los talleres y en el proceso el grupo fue su sostén. También lo fue en casos donde algún compañero vivió situaciones de violencia doméstica muy extrema. O con otro chico que venía de un ambiente de narcos al que ayudaron entre todos a encarar, hasta que empezó a trabajar y volvió a estudiar. Con 13 años había estado en la puerta de entrada del Inisa por andar con un arma intentando matar a otro. Lo habían expulsado una decena de veces de

distintos centros educativos de la zona. Ahora está trabajando de vez en cuando como animador. Va a tener un hijo y está queriendo volver a estudiar.

“Después de los primeros encuentros nos empezamos a sentir más cómodos y se empezó a fortalecer el colectivo”, recuerda Ezequiel que vive en el Cerrito de la Victoria y supo del curso cuando lo promocionaron en el liceo de su novia. “Nos decíamos siempre las cosas en la cara. El grupo humano se fortaleció con esa frontalidad. La guía que nos daba tanto Daniel como Soledad y los talleristas, nos permitió plantarnos bien y saber qué queríamos hacer. Con el tema del acoso a las gurisas, tuvimos varias discusiones fuertes. Porque algunas chiquilinas que participaban del taller y eran del barrio, sostenían que por ser mujeres no tenían más remedio que soportar el acoso. Decían que eso era lo normal. Tuvimos varios desencuentros por el tema.”

Para Camila, “los problemas no eran con el barrio, eran problemas de la vida de estos chicos que se tuvieron que ir. Más que complicarnos, nos abrieron la cabeza. Veníamos todos con la cabeza muy nuevita. Nos faltaba ver más realidades que la nuestra. Ver que era a nuestros compañeros a quiénes les sucedían esas cosas, nos abrió la cabeza. Nos impactó, sí, porque no pudimos hacer nada y nos dio impotencia. Pero eran problemas donde no teníamos formas de intervenir”.

Fiorella no desconoce las situaciones difíciles pero su resumen se queda con lo positivo: “A este barrio le dieron mucho color. Yo me siento re bien acá. El cierre del curso lo hicimos con una actividad en la plaza a la que vino mucha gente de todas las edades y estuvo de más”.

Además del taller de animación o recreación que daba Pablo Gómez, el curso incluía un taller de alfabetización digital a cargo de Antonela Sastre y uno de orientación socio educativa que impartía Magdalena Llambí. Daniel Pena era

el referente educativo y Soledad Recoba la coordinadora del equipo.

Recuerda Camila que a veces concurrir al curso “era como venir al psicólogo, porque hablábamos de cómo nos sentíamos, contábamos nuestros problemas, nos dieron un taller de sexualidad. Nos dieron herramientas para expresarnos en distintos contextos. Éramos 20 y había personalidades diferentes. Muchos eran tímidos, otros súper extrovertidos. Aprendimos a regularnos entre nosotros. Eso fue importante para que luego siguiéramos juntos. Venían muchos gurises que no estudiaban ni trabajaban. Se acercaron porque era gratuito y te pagaban los boletos. Era venir a poner tu energía en algo que te iba a dar herramientas y formación. Hacías algo que estaba bueno y sin pagar. Varios vinimos por hacer alguna actividad extra, otros porque estaban probando qué les gustaba hacer. Yo quería mejorar mi relación con los niños. No les tenía paciencia. Ahora me encantan”.

A Fiorella le avisaron del curso en el liceo. Vive cerca del Paso de la Arena. Le dijo a su madre que le interesaba. Vinieron juntas a ver el lugar y se anotó. Fiorella dice que en ese tiempo también adquirió el espíritu Kapakuala: “Siempre tenemos un plan B, o nos lo ingeniamos. Si vamos a hacer una actividad y algo cambia y la impide, inventamos otra. Aprendimos que con una pelota se pueda hacer mucho más que jugar al fútbol. El curso estuvo muy bueno, pero lo que más me motivó fue el apoyo que nos daban los adultos referentes. Te escuchaban, te ayudaban a pensar, te sugerían cosas. Y se interesaban de igual modo por todos los que veníamos. Me parece que Kapakuala se formó y sigue aún hoy, en parte, gracias a la confianza que ellos nos dieron. Nos dieron herramientas y confianza para que después, sin la ayuda de nadie, sin orientación específica y sin presupuesto, pudiéramos seguir haciendo cosas”.

Pero antes de adquirir esa confianza que menciona Fiore-

lla, hubo un período de adaptación y luego de fortalecimiento. Algunas actividades propiciaban entrar en zonas de conflicto: se trabajaba el tema de la discriminación por opción sexual, por ser pobre o por pertenecer a tal o cual barrio. Muchas veces se caldeaba el ambiente. Recuerda Ezequiel que se dieron “cosas muy fuertes”, que por momentos se quebró el grupo, y que gracias a la discusión frontal todos crecieron. Había una dinámica de taller que era simple, pero contundente: se hacía una pregunta y se formaban dos grupos, los que estaban por la positiva o por la negativa y cada cual argumentaba su posición. Ezequiel fue uno de los que hizo preguntas incómodas. “Pregunté: ¿te da asco cuando ves a una pareja gay dándose un beso? A mí me daba. Y sabía que había compañeras que estaban haciendo un proceso de género o que eran homosexuales. Sabía que se iba a picar la discusión. Fue casi una provocación para ver hasta dónde nos íbamos a aguantar. A la mayoría le daba asco y a una de las compañeras que es gay, le re dolió y se fue muy triste ese día. Nos dimos cuenta de que había cosas para revisar, porque así no funcionaba el grupo.”

A veces las diferencias se planteaban muy crudas o radicales. Por ejemplo con la música. A muchos les gustaba la plena y otros no la podían soportar. Al principio se enojaban. Pero luego tuvieron que aprender a tolerar y respetar a cada compañero por lo que era y no por la música de su preferencia. “Teníamos que aprender a aceptarnos. Con lo que nos gustaba y con lo que no. Así fuimos puliendo. El grupo tenía mucho para dar, había buena madera”, recuerda Ezequiel.

En ese proceso, dice, tuvieron que aprender a jugar con todas las cartas sobre la mesa. Sin filtro. “Tuvimos que abrir la cabeza y aprender a ponernos del lado del otro, en la piel del otro, aunque no estuviéramos de acuerdo. Estábamos en Tres Ombúes, pero había gente que venía de El Prado y no entendía bien. Algunos estábamos cerrados, pero tuvimos que

poner los pies sobre la tierra y comprender realidades muy saladas, de gente que no podía ir a estudiar, de niños que no tenían con qué jugar o que valoraban más tener un teléfono en la mano que compartir un juego con otros niños. Ya nadie de nosotros dijo ‘No estudia porque no quiere’. Aprendimos que no estudia porque convive con situaciones que no se lo permiten, pero además porque no lo considera algo importante, porque nadie se lo enseñó. Esa tarea de eliminación de prejuicios nos costó mucho. Al principio lo que no era igual, nos rechinaba. A mí me pasó y tuve que aflojar porque me di cuenta de que con esa forma de pensar no avanzaba. El grupo creció por esos lados y logramos hacer una amistad más allá de ser compañeros de curso. Hubo momentos en que sólo queríamos competir y luego nos dimos cuenta de que precisábamos de todos para crecer.”

Luego de limar asperezas y generar confianza entre todos sin que importaran tanto las diferencias, el grupo creció como tal y le dio tiempo a cada uno para crecer a su aire. Cada uno a sus tiempos, sin apurar a nadie.

“Al principio todos teníamos una vergüenza horrible”, dice Fiorella. “Después nos fuimos soltando y nos complementamos mucho. Todos somos de lugares diferentes y nadie se conocía con nadie. Y hubo gente que hizo procesos re salados, que se soltó en el grupo y nos dejaba de cara. Nos dieron el impulso y cuando entre todos vimos que cada uno podía soltarse y había red, fue como re importante para mostrarnos auténticos.”

Shakira al igual que Yoselén son locatarias, oriundas de Tres Ombúes. Estuvieron en el curso desde el comienzo y hoy pertenecen al núcleo duro de Kapakuala. Ambas coinciden en la importancia que tuvieron los referentes adultos a la hora de enseñar sin acartonamientos y de ayudarlos a crecer sin dejar de jugar. Yoselén cuenta una anécdota que lo ejemplifica:

“Hicimos recorridas por varias facultades. Habíamos muchos interesados en ver opciones universitarias. Un día fuimos a la de Medicina, a la de Química, a la de Derecho, a la de Psicología, a la de Ciencias Sociales. Todo en un día. Después nos llevaron a comer pizza. Entre facultad y facultad jugamos al ring raje por 18. El que más agitaba era Dani. Estábamos atrasados y cansados. Para apurarnos y obligarnos a correr, Dani tocaba timbre y salíamos todos corriendo. Dani era el gurú de Kapakuala, siempre estaba y aún está. Nos apoyamos mucho en él. Hacía hasta de psicólogo”. Pero todos los “profes” son recordados con cariño. Yoselén los repasa uno a uno medio en broma, medio en serio: “Antonela, la profe de informática siempre estaba buena onda, proponía tareas y nosotros le hacíamos caras, decíamos que estábamos aburridas, que nos diera recreo y ella nunca se enojó. Pablo era nuestro profe de recreación, siempre hacía trampa en los juegos. Es copado pero tramposo. Con Magui hablábamos de sexualidad, de género, de drogas, de alcoholismo. Sole era la que pagaba, cuando llegaba ella era la hora de los autógrafos... Era Mamá Noel. La señora presupuesto (risas). Siempre estuvo en todo también”.

Después que terminó el curso, una parte del grupo siguió juntándose a charlar, a jugar, a tomar mate y a desarrollar actividades sociales usando al juego como instrumento. Para Camila “es muy importante el clima que generamos entre nosotros. Somos muy distintos todos, pero nos sentimos parte. Este es nuestro lugar. Si está lloviendo, hace frío o lo que sea, siempre podemos venir. Tenemos salones, espacios más abiertos, el baño, una cocina, los juegos de afuera, la cancha, un montón de recursos. Después nos fueron saliendo cosas. Acá mismo en el Centro Cívico nos plantean hacer actividades, nos llegan propuestas para trabajar en una jornada en escuelas o en clubes de niños”.

Además de confianza y crecimiento, el curso le dio al

grupo alternativas a nivel laboral. Cuenta Ezequiel: “En este momento estoy concursando por un laburo como recreador en la intendencia de Canelones. Y estamos, junto a Fiorella y mi novia, armando una cooperativa de trabajo para dedicarnos a la animación de fiestas y eventos que se llama Pavana Recreación. Gracias al acompañamiento que nos hizo Dani y Sole, a los elementos que nos dio Pablo en el taller, a lo que aprendimos con Anto y con Magui, logramos dar un pasito. A pesar de ser tan pibitos nos animamos porque ellos nos dieron mucha seguridad, promovieron la autogestión, nos dieron herramientas para que nos buscáramos la vida. Pero a la vez hacen un seguimiento y una contención que te hace sentir muy fundamentado. En el plano laboral por ejemplo, nos enseñaron que teníamos derechos, que había cosas para exigir, además de cumplir. Y que teníamos que tener cintura. Yo laburé en recreación antes y viví situaciones que seguro las hubiera podido pilotear mejor ahora. Aprendimos técnica y fundamentos. Somos seres integrales, no podemos crecer de un lado y del otro quedar bajitos”.

Daniel y Soledad coinciden en que la permanencia de Kapakuala fue un efecto emergente que no estaba planificado. “Terminado el curso —dice Daniel— quedó un grupo motor que siguió haciendo cosas en el barrio, moviéndose por sí mismos, obteniendo respeto y aceptación en las distintas instituciones sociales. Empezaron a tener autonomía, preparaban las reuniones, definían lo que querían hacer, intentaron hacer un campamento. Fracasaron, juntaron mal la plata, vendieron alfajores al precio de costo y no ganaron nada. Aprendieron a los ponchazos. Pero aprendieron”.

También se derribaron prejuicios y les cambió la imagen del barrio. Ahora los invitan como a un grupo de recreadores. Algunos han hecho pasantías en otros proyectos que gestiona El Abrojo. El MIDES a través de Socat los convocó para ha-

cer talleres en las escuelas de la zona y trabajar el tema de la plombemia. “Es re interesante el proceso de autonomía que alcanzaron. Tiene una pata comunitaria, con una cabeza más pedagógica y política, es una salida laboral, fue un espacio de referencia y tienen un vínculo afectivo muy potente. Se juntan, salen. Sucedió algo que trascendió el curso”, dice Soledad.

Camila tiene la certeza de que Kapakuala va a seguir: “No va a morir porque somos un lindo grupo de personas. Ahora estamos casi todos con parciales y muy cortos de tiempo. Pero si pinta nos vemos y siempre que alguno precisa algo estamos ahí, cuidándonos los unos a los otros. Nos conocemos y nos aceptamos, con nuestras felicidades o nuestros enojos. Ni somos sólo amigos ni sólo compañeros de curso, somos Kapakuala. Para entenderlo hay que vivirlo, es como una identidad. Crecimos, pero también tuvimos la oportunidad de ser otra vez niños porque vivíamos jugando”.